

CRISTÓBAL COLON.

PRIMERA PARTE.

I.

Dios está oculto aun en las cosas mas insignificantes de la humanidad, y aparece en su conjunto. Ningun hombre sensato ha negado jamás que los grandes acontecimientos que componen la vida histórica de la humanidad estan ligados y coordinados secretamente por un hilo invisible, suspendido en la poderosa mano del soberano ordenador de los mundos, para hacerlos concurrir á un designio y á un plan. ¿Cómo el que ha dado la luz á los ojos podría ser ciego? ¿Cómo el que ha dado el pensamiento á la criatura podría carecer de pensamiento?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, absoluto é irresistible de Dios en las cosas humanas el destino, la fatalidad, y los modernos le llaman la Providencia, nombre mas inteligible, mas religioso y mas paternal. Estudiando la historia de la humanidad es imposible no reconocer en todas partes la accion libre del hombre, la accion soberana y trasparente de la Providencia. Esta accion no excluye en nada la libertad de nuestros actos, que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos, parece moverse, obrar y estraviarse, con una latitud completa de intencion, de eleccion entre el bien y el mal, en una cierta esfera de accion y con cierta conveniencia lógica de trabajos adelantados ó de remuneraciones merecidas, segun que su intencion ha sido mas recta ó mas viciada; pero los grandes resultados generales de estos actos de los individuos ó de los pueblos pertenecen á ella sola. Parece reservarse independientemente de nosotros para

finés divinos que no conocemos, y que nos deja solamente entrever cuando están casi á nuestro alcance ó comprension. El bien y el mal son de nosotros y para nosotros; pero la Providencia mira igualmente nuestra perseverancia que nuestras virtudes, y de este bien y de este mal saca con igual infabilidad de sabiduría el cumplimiento de su designio sobre la humanidad.

El agente oculto, pero divino, de esta Providencia, cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó para cumplir una parte de sus planes, es la inspiracion. La inspiracion es verdaderamente un misterio humano, cuyo manantial es difícil encontrarle en el hombre mismo; parece proceder de una parte mas alta ó mas lejana. He aqui por qué se le ha dado un nombre misterioso tambien, y por qué no se define bien en ninguna lengua: *genio*. La Providencia crea un hombre de genio; el genio es un don que no se adquiere por el trabajo ni se obtiene por la virtud; existe ó no existe sin que aquel mismo que le posee pueda dar cuenta de su naturaleza y de su posesion. A este genio la Providencia envia una inspiracion. La inspiracion es al genio lo que el *iman* al acero; le atrae independientemente de toda conciencia y de toda voluntad hácia cierta cosa fatal y desconocida como el polo. El genio sigue esta inspiracion que le seduce, y encuentra un mundo moral ó un mundo físico.

He aqui á Cristóbal Colon y al descubrimiento de América.

II.

Colon, en su pensamiento, aspiraba nada menos que á completar el globo. La necesidad de la unidad geográfica terrestre fué la que inspiró su trabajo, porque esta necesidad era igualmente una inspiracion en su época. Existen ideas que flotan en los aires como miasmas intelectuales, y

que millares de hombres parece que las respiran á un mismo tiempo.

Siempre que la Providencia prepara al mundo, sin saberlo, á alguna trasformacion religiosa, moral ó política, se puede observar casi regularmente este mismo fenómeno: una inspiracion ó una tendencia completa á la unidad del globo por la conquista, por la lengua, por el proselitismo religioso, por la navegacion, por los descubrimientos geográficos ó por la multiplicacion de las relaciones de los pueblos entre sí, por medio de la aproximacion ó del contacto de estos pueblos, á quienes las vias de comunicacion y las necesidades de los cambios reasumen en un solo pueblo. Esta tendencia á la unidad del globo en ciertas épocas es uno de los hechos providenciales mas visibles en los resultados de la historia.

Así, cuando la gran civilizacion oriental de las Indias y de Egipto parece decrepita, y cuando Dios quiere llamar al Asia ó al Occidente á una civilizacion mas jóven y mas activa, Alejandro parte, sin saber por qué, de los valles de Macedonia, y el mundo conocido llega á ser uno bajo el terror y bajo la gloria de su nombre, desde el Indo hasta la estremidad de Europa.

Cuando quiere preparar un auditorio inmenso al Verbo trasformador del cristianismo en Oriente y en Occidente, propaga la lengua, la dominacion, las armas de Roma y de César desde las márgenes del golfo Pérsico hasta las montañas de Escocia, uniendo bajo un solo espíritu y bajo una sola servidumbre la Italia, las Galias, la Gran Bretaña, la Sicilia, la Grecia, el Africa y el Asia.

Cuando quiere, algunos siglos despues, separar la Arabia, la Persia y sus dependencias de la barbarie y hacer prevalecer el dógma irresistible de la unidad de Dios sobre las idolatrías y sobre las indiferencias de estas partes remotas ó corrompidas del mundo, arma á Mahoma con el Corán y con la cimitarra; permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxo y el Tajo, entre el Thibet y el Libano, y entre el Atlas y el Taurus. Una inmensa unidad de imperio responde de antemano á una inmensa unidad de idea.

Por eso Carlo-Magno en Occidente, durante su monarquía universal, prepara en la Escitia y en la Germania el vasto lecho donde la civilizacion cristiana va á recibir y á bautizar á los bárbaros.

Por eso la revolucion francesa, aquella reforma del mundo occidental por el raciocinio, cuando Napoleon, tan emprendedor y mas ciego que Alejandro, pasea sus armas victoriosas sobre el continente dominado, constituye un momento la grande unidad de la Francia; y creyendo fundar allí su imperio, solo espasme la semilla de la lengua, de las ideas y de las instituciones de la revolucion.

Por eso en nuestros dias, no ya bajo la forma de las conquistas, sino bajo la forma de las

comunicaciones intelectuales, comerciales, pacíficas, entre todos los continentes y todos los pueblos del globo, la ciencia llega á ser el conquistador universal en provecho y gloria de todos. La Providencia parece haber encargado esta vez al genio de la industria y de los descubrimientos, la mision de prepararle la mas completa unidad del globo terrestre que han conocido los tiempos, el espacio y los hombres en una masa mas compacta y mas asimilada. La navegacion, la imprenta, el descubrimiento del vapor, aquella fuerza económica é irresistible de impulsión, que lanza al hombre y á sus ejércitos, y á sus mercaderes tan lejos y tan pronto como su pensamiento; la construccion de los caminos de hierro, que nivelan las montañas, atravesándolas, y que nivelan la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dan á las comunicaciones entre los dos hemisferios la instantaneidad del rayo; el descubrimiento de los globos aereostáticos, que buscan todavía un timon, pero que harán bien pronto navegable un elemento mas universal y mas sencillo que el Océano; todas estas revelaciones, casi contemporáneas de la Providencia por la inspiracion del genio industrial, son otros tantos medios de union, de concentracion, de contraccion del globo sobre sí mismo; instrumentos de aproximacion, de homogeneidad de los hombres entre sí. Estos medios son tan activos y tan evidentes, que es imposible no ver en ellos el postrimer plan de la Providencia, el último esfuerzo hácia lo desconocido, y de no deducir por ello que Dios premedita por nosotros y para nuestros descendientes algun designio oculto á nuestra vista, designio por el cual toma sus medidas, haciendo avanzar al mundo hácia la mas poderosa de las unidades, la unidad de pensamiento, que anuncia alguna grande unidad de accion en lo venidero.

Así estaba preparado el espíritu del siglo XV por cierta estraña manifestacion humana ó divina, cuando nació el grande hombre cuya historia vamos á referir. Se esperaba alguna cosa; el espíritu humano tiene sus presentimientos... Son las vagas profecías de las realidades que se aproximan.

III.

En la primavera del año 1471, en la mitad del día, y cuando su sol ardiente calcinaba los caminos de Andalucía, sobre una colina situada á una media legua del pequeño puerto de Palos, dos extranjeros viajaban á pie con su calzado usado por la marcha, con sus vestidos, donde se veían los vestigios de pertenecer á personas que habian tenido buena posicion, llenos de polvo y la frente bañada de sudor. Se detuvieron y se sentaron á la sombra del por-

tico exterior de un pequeño monasterio llamado *Santa Maria de la Rábida*. Su aspecto y su lasitud imploraban de suyo la hospitalidad. Los conventos franciscanos eran en esta época las posadas de los viajeros pedáneos, á quienes la miseria prohibia llegar á otra clase de asilos. Estos dos extranjeros llamaron la atencion de los frailes.

Uno de ellos era un hombre que apenas habia llegado á la mitad de su vida, de elevada estatura y de formas robustas, de posicion magestuosa, de noble frente, de franca fisonomía y de mirada penetrante, todo lo cual constituía una persona simpática. Sus cabellos, de un rubio ligeramente oscurecido, se tenían ligeramente sobre sus sienes con aquellas manchas blancas, que precipitan la desgracia y el trabajo del espíritu. Su frente era elevada, su tez, primitivamente colorada, habia palidecido por el estudio y se habia bronceado por el sol y el aire del mar. El ruido de su voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre acostumbrado á proferir pensamientos profundos. Nada de ligereza ó irreflexion revelaban sus gestos; todo era grave y simétrico en sus menores movimientos; parecia que se respetaba modestamente á sí propio, obrando con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como si se hubiera encontrado en la presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones mas finas, pero ya maduras por las fatigas de su vida, tenían tal semejanza con las del primer extranjero, que era imposible no conocer en él ó un hijo ó un hermano del hombre ya entrado en años.

IV.

Estos dos extranjeros eran Cristóbal Colon y Diego, su hijo. Los frailes, curiosos y enternecidos al aspecto de aquella noble fisonomía del padre y de la gracia infantil del niño, que contrastaban con la indigencia de su ropaje, los hicieron entrar en el interior del monasterio para ofrecerles la sombra, el pan y el reposo debidos á los peregrinos. Mientras que Colon y su hijo se refrescaban bebiendo agua, y se fortificaban con pan y aceitunas en la mesa de los huéspedes, los frailes pasaron á informar al prior de la llegada de los dos viajeros y del estraño interés que inspiraba su noble apariencia en contraste con su miseria: el prior bajó para conversar con ellos.

Este superior de la Rábida se llamaba Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina Isabel, que reinaba entonces con Fernando en los dominios españoles. Hombre virtuoso, científico y dado al recogimiento, habia preferido el abrigo de un claustro á los honores y á las

intrigas de la corte; pero conservaba por este mismo retiro un gran prestigio en el palacio y gran crédito en el ánimo de la reina. La Providencia, no menos que la casualidad, habia dirigido los pasos de Colon, si ambas habian tenido por objeto abrirle por medio de una mano fiel, aunque invisible, las puertas del consejo y el oído y el corazón de los soberanos.

V.

El prior saludó al extranjero, acarició al niño, y se informó con benevolencia de las circunstancias que le obligaban á viajar á pie á través de las veredas tortuosas de España, y á reclamar el humilde techo de un monasterio pobre y aislado. Colon refirió su vida oscura: manifestó sus grandes pensamientos al atento monje. Esta vida y estos pensamientos no eran mas que un presentimiento. Hé aquí lo que se ha sabido despues.

VI.

Cristóbal Colon era el hijo mayor de un cardador de lana de Génova, hoy oficio ínfimo, entonces profesion liberal y casi noble. En aquellas repúblicas comerciales é industriales de Italia, los artesanos, orgullosos por el descubrimiento ó la invencion de alguna cosa en la industria, formaban corporaciones ennoblecidas por su arte é importantes en el Estado. Habia nacido en 1436. Tuvo dos hermanos, Bartolomé y Diego, á quien llamó mas tarde para dividir con él sus trabajos, su gloria y sus desgracias; también tenia una hermana mas jóven que sus hermanos, que se casó con un obrero de Génova, y su oscuridad la reservó mucho tiempo del brillo y del infortunio de sus hermanos.

Nuestros instintos nacen de los primeros espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los lugares donde nosotros vemos la luz, sobre todo cuando estos espectáculos son magestuosos é infinitos, como las montañas, el cielo y el mar. Nuestra imaginacion es la contraprueba y el espejo de las primeras escenas que hieren nuestra vista. Las primeras miradas de Colon cuando niño contemplaron el firmamento y el mar de Génova. La astronomía y la navegacion condujeron desde muy temprano sus pensamientos á esos dos espacios abiertos ante sus ojos; él los llenaba en sus ensueños antes de poblarlos con sus continentes y con sus islas. Contemplativo, silencioso, piadoso por inclinacion desde sus

mas tiernos años, su genio infantil le llevaba á los espacios no solamente para descubrir mas, sino para adorar mas. En la obra divina, lo que buscaba con especialidad era á Dios.

VII

Su padre, hombre ilustrado y bien acomodado por su profesion, no resistió á la naturaleza, que se manifestaba de suyo con tan estudiosas inclinaciones en su hijo. Envióle á estudiar á Pavía la geometría, la geografía, la astronomía, la astrología, ciencia imaginaria del tiempo y la navegacion. Su espíritu traspasó bien pronto los límites de estas ciencias, á la sazón incompletas. Siendo una de aquellas almas que ven siempre mucho mas allá del objeto donde el vulgo se detiene, dijo: basta; y á la edad de catorce años sabía todo lo que se enseñaba en esta clase de escuelas; regresó á Génova al seno de su familia. La profesion sedentaria é intelectual de su padre no podia aprisionar sus facultades, y navegó muchos años á bordo de buques mercantes de guerra, y de expediciones aventureras, que armaban las casas de Génova en el Mediterráneo, para disputar sus flotas y sus puertos á los españoles, á los árabes y á los mahometanos; especie de cruzadas perpétuas, donde el tráfico, la guerra y la religion hacian de estos marinos de las repúblicas italianas una escuela de comercio, de lucro, de heroísmo y de santidad. Soldado, sabio marinero á la vez, entró á bordo de las naves que su patria prestó al duque de Anjou para la conquista de Nápoles, sobre la flota que el rey de Nápoles envió para atacar á Tunez, sobre las escuadras con que Génova combatía á los españoles. Dicen que ejerció el mando de expediciones navales oscuras en la marina militar de su país; pero la historia le perdió de vista en los principios de su vida. Su destino no estaba allí; su genio no cabía en estos pequeños mares y en estas pequeñas cosas, su pensamiento era mas grande que su patria; meditaba una conquista para la especie humana, y no para una estrecha república de la Liguria.

VIII.

En los intervalos de sus expediciones, Cristóbal Colon encontraba á la vez en el estudio de su arte la satisfaccion de su pasión por la geografía y por la navegacion, y de su humilde fortuna. Dibujaba, grababa y vendía cartas marinas, cuyo comercio suministraba penosa-

mente lo necesario para su existencia. En estos trabajos buscaba menos el lucro que el progreso de las ciencias; su espíritu y sus sentidos, continuamente fijos entre los astros y los mares, perseguían con el pensamiento un punto en visto solamente por él.

Un naufragio, consecuencia de un combate naval ó del incendio de una galera que montaba en la rada de Lisboa, le fijó en Portugal. Precipitose en el mar para huir de las llamas, asióse con una mano á un remo, y nadando con la otra mano hacia la costa logró llegar á la orilla. Portugal, entregado á la sazón á los descubrimientos marítimos, era una residencia conveniente á sus inclinaciones, por lo cual esperaba encontrar allí ocasiones y medios de lanzarse del modo que deseaba al Océano; pero en este país solo halló el trabajo ingrato de la geografía sedentaria, la oscuridad y el amor. Como asistiese todos los dias á los oficios religiosos de la iglesia de un convento de Lisboa, se enamoró extraordinariamente de una jóven reclusa, cuya belleza le habia sorprendido. Esta reclusa era hija de un noble italiano matriculado en el servicio de Portugal; su padre la habia confiado á las religiosas del convento en el momento de partir para una expedicion naval bastante lejana; y la jóven se llamaba doña Felipa Palestrello. Seducida tambien ella por la agradable fisonomía y por la magestuosidad del jóven extranjero, á quien veía todos los dias asiduo al servicio de la iglesia, dió á entender bien pronto el amor que él la habia inspirado. Ambos sin parientes y sin fortuna y en un país extraño... nada podia contrariar el atractivo que esperimentaban el uno para el otro; se unieron en casamiento esperanzados en la Providencia y en el trabajo, único dote de Felipa y su amante. Colon continuó, á fin de alimentar á su suegra, á su muger y á él mismo, haciendo cartas y globos, que eran muy buscados, á causa de su perfeccion, por los navegantes portugueses.

Los papeles de su suegro, que le presentó su esposa, y sus correspondencias con Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia, le suministraron, dicen, nociones exactas acerca de los mares lejanos de la India, y los medios de rectificar los elementos entonces confundidos ó fabulosos de la navegacion. Enteramente absorto en su felicidad doméstica y en sus contemplaciones geográficas, tuvo un hijo, á quien llamó Diego, que era el nombre de su hermano. Su sociedad íntima no se componía mas que de marinos que regresaban de las expediciones lejanas ó de tierras desconocidas, ó de rutas ignoradas en el Océano. Su taller de cartas y de globos era un foco de ideas, de conjeturas, de proyectos que preocupaban incessantemente su imaginacion por cierta cosa ignorada que existía en el globo. Su muger, hija y hermana de marinos, dividía con su esposo este entusiasmo, y al mismo tiempo que

contorneaba con los dedos sus globos y señalaba en sus cartas las islas y los continentes, hallaba Colon un vacío inmenso en medio del Océano Atlántico. La tierra carecía del contrapeso de un continente. Rumores vagos, maravillosos, terribles, hablaban á la imaginacion de los navegantes acerca de las costas, entrevistas desde la cima de las Azores, llamadas inmóviles ó flotantes que se mostraban en tiempos serenos, que desaparecían ó que se alejaban cuando los temerarios pilotos procuraban acercarse allí. Un viagero veneciano, Marco Polo, que se consideraba entonces como un inventor de fábulas, pero cuya veracidad ha reconocido despues el tiempo, refería en el Occidente las maravillas de los continentes, de los estados y de las civilizaciones de la Tartaria, de la India, de la China, que se suponía prolongarse mas allá de donde se estienden en realidad las dos Américas. Colon mismo se lisonjaba de encontrar en la estremidad del Atlántico estos dos países del oro, de las perlas, de la mirra, de donde Salomon sacaba sus riquezas. En su concepto no era un continente nuevo el que buscaba, sino un continente perdido. El atractivo de lo falso le llevaba hacia la verdad.

Suponia en sus cálculos, segun Tolomeo y segun los geógrafos árabes, que la tierra era un globo, sobre el cual se podia dar una vuelta. Suponia este globo menos vasto que lo creían otros en consecuencia; que la estension del mar que habia que recorrer para llegar á estas tierras desconocidas de la India era menos inmenso que lo que pensaban los navegantes. La existencia de estas tierras le parecia confirmada por los testimonios extraños de los pilotos que habian pasado mas allá de las Azores. Los unos habian visto flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos en Occidente: otros, pedazos de madera esculpidos, pero que no habian sido trabajados con la ayuda de instrumentos de hierro; aquellos pinos monstruosos en forma de canoas, formadas de un solo tronco, que no podían llevar arriba de ochenta remeros; estos rosales gigantes; otros en, fin, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos, cuyas facciones no recordaban en nada las razas occidentales, asiáticas ó africanas.

Todos estos, indicios flotantes de tiempo en tiempo, á consecuencia de las tempestades en el Océano, y yo no sé que instinto vago que siempre precede á las realidades como la sombra precede al cuerpo cuando está el sol á nuestra espalda, atestiguaban á Colon que existían tierras que no estaban indicadas por la mano de los geógrafos sobre los mapamundis. Solamente estaba convencido de que estas tierras no eran mas que una adición del Asia, que llenaba mas de una tercera parte de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, ignorada entonces por los filósofos y los geómetras, dejaba á las conjeturas la estension de

este Océano que era necesario atravesar para llegar á esta Asia imaginaria. Los unos la creían incomensurable; otros se la figuraban como una especie de ether profundo y sin límites, en el cual se estraviaban los navegantes, como hoy los aereonautas en los desiertos del firmamento. El mayor número de esta gente, ignorando las leyes de la pesantez y de la atraccion que llama los cuerpos al centro, y admitiendo ya, sin embargo, la redondez del globo, suponían que naves ó hombres llevados por la casualidad á los antipodas, se apartarían de ellos para caer en los abismos del espacio: las leyes que rigen el nivel y los movimientos del Océano les eran igualmente desconocidas. Se representaban el mar mas allá de un cierto horizonte, limitado por las islas ya descubiertas como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se elevaban á manera de montañas inaccesibles, cruzándose en golfos sin fondo, precipitándose del cielo á modo de cataratas que arrastrarian y sumergirian las velas bastante temerarias para aproximarse á ellas. Los mas instruidos, admitiendo las leyes de la pesantez y un cierto nivel en los espacios líquidos, pensaban que la forma redonda del globo daba al Océano una pendiente hacia los antipodas, que llevaria los bageles hacia riberas sin nombre; pero que no les permitía nunca subir esta pendiente para regresar á Europa. Por estas distintas preocupaciones acerca de la naturaleza, por la forma, por la estension, por los ascensos y descensos del Océano, reinaba una especie de terror general y misterioso, que solo un genio investigador y una audacia sobrenatural podían abordar con su pensamiento y afrontar con sus velas. Era la lucha del entendimiento humano contra un elemento; para tentarle era necesario mas de un hombre

IX.

El atractivo invencible del pobre geógrafo hacia esta empresa era el verdadero lazo que detenía tantos años á Colon en Lisboa, como en la patria de sus pensamientos. Era el momento en que el Portugal, gobernado por Juan II, príncipe ilustrado y emprendedor, se entregaba á cálculos de colonizacion, de comercio, de aventuras y á tentativas navales incesantes para unir la Europa al Asia, y en el que Vasco de Gama, el Colon portugués, no se hallaba distante de descubrir el camino marítimo de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. Colon, convencido de que encontraría un camino mas ancho y mas directo lanzándose hacia el Oeste, obtuvo, despues de largas pretensiones, una audiencia con el rey para revelarle sus planes de descubrimiento y